

Omnibus con plataforma tipo Imperial

por ROMAN ARMESTO

Un rápido vistazo al BUENOS AIRES de la década del 20

Cuando amanece el primer día del año 20 en Buenos Aires, acaso nadie intuye que en medio de las campanas lanzadas a vuelo en las iglesias, la estridencia de la sirena de "La Prensa", los pitos de los barcos surtos en el puerto y los cohetes rayando la noche de fulguraciones, ha comenzado una nueva época y otro espíritu en el país, pero, sobre todo, en la ciudad. Aunque todavía se prolongarán durante algún tiempo los efectos y el recuerdo estremecido de las privaciones que trajo consigo la conflagración europea culminada en Verdun la no menos patéticos y desgarrantes de la Semana Trágica, con la hora inicial de la década que acaba de inaugurarse, empieza a operarse un cambio profundo, de signo histórico, según lo establece un balance sereno de los hechos trascendentes acaecidos en ese período, que también

tiene un término preciso: el 6 de septiembre de 1930, cuando se corta a pique el orden institucional.

Hipólito Yrigoyen es el presidente de la República y lo será aún hasta el 12 de octubre de 1922, en que lo sucederá en el sillón de Rivadavia el doctor Marcelo T. de Alvear, su viejo amigo y correligionario de la Unión Cívica Radical. El caudillo, de parca palabra, enigmático, casi misterioso, que no se muestra en público sino tras largos paréntesis y se abroquela, como en un reducto inaccesible, en esa suerte de fortaleza de su casa de la calle Brasil 1039, frente a la cual se erige la guardia celosa de Vicente Scarlatto, no ha encontrado en el gobierno un lecho de rosas. Mas bien, diríase que todo ha sido espinas para su desempeño de hombre que ama ardientemente la democracia y se identifica con el pueblo por arriba de

Un rápido vistazo al BUENOS



Moda femenina: otro rasgo grato y recreativo para los ojos...

las especulaciones políticas. Los fusilamientos en la Patagonia, las sangrientas luchas en el solar que ahora ocupa la plaza Martín Fierro, las huelgas sin solución de continuidad, el malestar social, traducido en atentados frecuentes, la falta de trabajo y, en consecuencia, la miseria, constituyen el único marco en que le es dable moverse, además de la cerrada y, por momentos agresiva oposición de sus dos adversarios, ayudada, en ciertos casos, por el periodismo que no le ahorra ataques del más diverso calibre.

La situación económica que presiona hasta la asfixia a los sectores populares no impide, sin embargo, que los diarios y revistas abunden en avisos que ofrecen automóviles norteamericanos marcas Dodge, Studebaker, Buick, Nash, Columbia Six, Chevrolet ("completamente equipado por 3.400 pesos"), Hupmóbile, Ford, Dort, Chandler, Cleveland y Cadillac. Hasta entonces, prevalecían los coches europeos, pero la industria estadounidense tardaría muy poco en reemplazarlos por los suyos, de líneas más ligeras y con innovaciones técnicas que explicaban la preferencia que les acordaba el comprador. Ese es el instante —los albores de 1920— en que se abre el proceso de renovación acelerada de la urbe para su ascenso a gran metrópoli, aunque, de todos modos, persistirán,

en no pocos aspectos, sus resabios de aldea. Como consecuencia directa del aumento del transporte automotor, las autoridades policiales iban a disponer, algunos meses después, que los vigilantes de la zona céntrica utilizaran una varita blanca para dirigir y ordenar el tránsito. Desde entonces, "varita" y agente policial fueron sinónimos.

Pero no vaya a suponerse, equivocadamente, que, por la circunstancia anotada, los tranvías corriesen el riesgo de desaparecer. Su vida estaba asegurada por más de cuarenta años, puesto que su ingreso en el recuerdo se operó a partir de 1960. Tanta era su importancia en Buenos Aires, que no costó comprender en aquellos días la pequeña revolución de que fueron protagonistas. Ocurrió lo siguiente: se resolvió encarecer el boleto de diez a doce centavos, para formar con los dos centavos de diferencia un fondo destinado a la construcción de nuevas líneas de transportes subterráneos. La población se negó en redondo a aceptar el incremento y protestó con todas sus fuerzas, organizó mítines y clamó por la intervención de los poderes públicos contra las dos compañías —la Anglo Argentina y la denominada Federico Lacroze— que tenían a su cargo el servicio. Resultado: hubo que volver a la tarifa primitiva.

En cambio, la gente admitió sin quejas, la nueva numeración de las horas. La una de la tarde pasó a ser las trece, las dos, las catorce, y así hasta las veinticuatro. Antes de que finalizara 1920, se instituyó la copa de leche gratuita en las escuelas primarias y un aviso comercial anunciaba que en el país había dado comienzo la confección de casimires nacionales, pero este feliz esfuerzo de la industria textil no fue incompatible con la contrafigura simultánea de los trajes de papel, de costo módico y duración fugaz, especialmente si los alcanzaba la pequeña brasa de un cigarrillo "43", "Dólar", "Goal", "Barrilete", "Brasil", "Sublimes", "Excelsior", "La Poupée", "Reina Victoria", etc., etc.

OTRO SIGNO DEL PROGRESO

La vigencia de 1921 trajo consigo un hecho totalmente insólito en Buenos Aires: el primer asalto, de corte espectacular, en la vía pública, a la manera de los pistoleros de Chicago. En pleno día, un grupo de forajidos, con los revólveres prontos a disparar, despojaron, en Azopardo y Moreno, de 620.000 pesos al habilitado de la Aduana. Tanto por el monto del robo —realmente fabuloso—, como por la forma de proceder de los delincuentes, el atraco conmovió al país entero y la prensa no se daba abasto para satisfacer la curiosidad colectiva, calmada enseguida cuando se logró detener a casi todos los fascinerosos.

No podrá menos de coincidir en que ese tipo de robo, que lleva implícito la más descabellada audacia y un impulso criminal que desafía cualquier consideración de orden humano, pertenece, como un cáncer, al modelo actual de la civilización, cuyo desarrollo no puede concebirse sin la violencia y las manifestaciones de la delincuencia perfeccionada. Y hay otro rasgo, felizmente más grato y recreativo para el espíritu y los ojos, que se inserta en el tiempo que evocamos: las polleras han comenzado a acortarse. Tímidamente, se recogen hasta la mitad de las piernas femeninas,

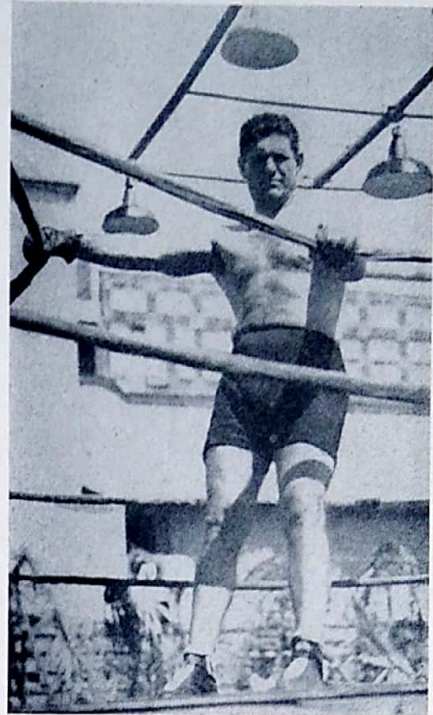
AIRES de la década del 20

pero las viejas señoras, atentas a una moral casi petrificada, ponen el grito en el cielo y prohíben a sus hijas que imiten a esas "descocadas". Nada quiere saberse acerca de lo que va a acontecer muy poco después, cuando algunas mujeres, verdaderas y valientes precursoras, resuelven despojarse de las trenzas, los rodets y demás adornos que el barroquismo de la arquitectura capilar dibuja en las testas, para simplificarlo todo en la melena, semejante a la de un paje. Una canción —**melenita de oro**— documenta la rebelión de las cabelleras.

Cuando se inaugura el primer bar automático en Buenos Aires —1921—, nadie deja de mostrar su curiosidad y, en el caso de los chicos, el asombro. De los tubos de vidrio con platillos, adosados a la pared, surgían, al solo conjuro de una moneda de diez o veinte centavos, emparedados de jamón, de queso, milanesas frías, empanadas, dulces, bebidas y la mar en coche. Tanto fue el éxito que acompañó a la novedad, que la ciudad no tardó en quedar invadida por esa clase de negocios. Pero, agotada la expectativa, desaparecieron con la misma facilidad que se habían difundido.

Antes que Alvear asumiese la presidencia en octubre, se registraron, entre otros datos, estos acontecimientos que le darán a 1922 un perfil excepcional: cobra vigencia el nuevo código penal, que suprime la pena de muerte; Mateo Banks, en el Azul, asesina a ocho personas, en su mayor parte parientes, por cuestión de intereses; un tango, **La copa del olvido**, de Delfino y Vaccarezza, se repite miles y miles de veces por día en el canto y el silbo de la gente; Racing e Independiente convocan a 10.000 espectadores a un partido de fútbol, asistencia nunca comprobada hasta entonces, aunque casi en seguida, en la cancha de Sportivo Barracas, se supera la cifra en oportunidad del **debut** de los vascos, a los que los argentinos vencen por cuatro goles a cero; entre tanto, Luis Angel Firpo continúa su carrera ascendente al estrellato del pugilismo mundial. El "Toro salvaje de las pampas" no deja títere con cabeza en el ring merced a la potencia de sus golpes, y su manera de eliminar a los adversarios suscita el entusiasmo enfervorizado de las multitudes en los más distintos ámbitos del territorio nacional.

Ya lo tenemos instalado en la Casa Rosada al doctor Alvear. A partir de ese momento empieza a imperar en la política criolla un nuevo estilo de vida, que no es éste el lugar apropiado para su examen. El cine, casi todo de origen norteamericano, introduce el apasionado arrebató por los ídolos del celuloide, el amor imposible por las "mujeres fatales". Pola Negri, Nita Naldi, Mary Pickford, Wallace Reid, Perla White, Tom Mix, Rodolfo Valentino, William Farnum, Hot Gibson se llaman algunos de esos héroes y heroínas que se mueven como sombras chinescas en las pantallas plateadas. En abril de 1923, los porteños trepan a los primeros ómnibus mecánicos que conoce la ciudad, seguidos, en 1924, por los "imperiales", vale decir, los dos pisos, pero tendrán que esperar hasta 1928 para viajar en "colectivos". También en 1923 se anotan la fuga de catorce reclusos de la Penitenciaría de la calle Las Heras; el viaje de Gardel-Razzano a España; el partido de fútbol entre escoceses y la selección ar-



Luis Angel Firpo

gentina en la cancha de River Plate, en la Avda. Alvear, ante 30.000 espectadores que termina con el triunfo por uno a cero de los jugadores locales; las ilusiones de rejuvenecimiento de los ancianos que alimenta con su teoría el sabio Voronoff desde Europa, y el más trascendente hecho de la época: la pelea entre Firpo y Dempsey por el título de campeón mundial, cuya conservación mantiene el segundo, gracias a la parcialidad del juez.

Alberto Einstein y el príncipe del Piamonte nos visitan en 1924, junto con Rabindranath Tagore. Se anuncia que quedó armado en el país el automóvil número 100.000, de la marca Ford, pero a todo esto, Buenos Aires se ha convertido en una poderosa caja de resonancia cultural, con dos polos que parecen repelerse y, sin embargo, trazan, cada uno desde su ángulo, la órbita completa de nuestro ascenso en las especulaciones del espíritu. Son los grupos de Florida y Boedo, el uno nucleado en torno de la revista "Martín Fierro" y otro alrededor de "Claridad". Los jóvenes que los integran serán, antes de mucho, los grandes escritores —poetas, novelistas, ensayistas, dramaturgos, etc.— que afianzarán definitivamente el prestigio de la literatura nacional. **Don Segundo Sombra**, que ve la luz en 1927, y **Los siete locos**, de 1929, certifican la madurez de nuestras letras, a igual que veinte libros más de la década.

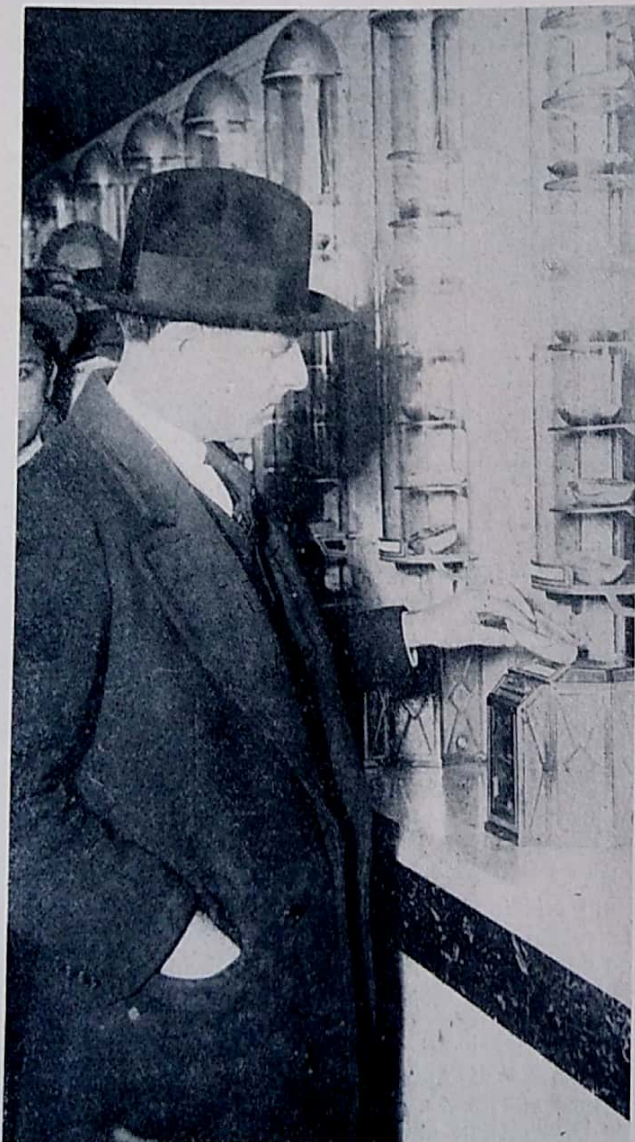
El príncipe de Gales es nuestro huésped en 1925. Lo recibe una ciudad aquietada, sin tensiones, confiada en el futuro porque la situación económica ha dejado de ser la agobiante de los años inmediatamente anteriores. Todo marcha mejor, sin más alteraciones que las incruentas batallas políticas. El país ha zafado, en definitiva, de la crisis de post-guerra y avanza con mayor resolución hacia planos más altos de la existencia colectiva.



10 de febrero, 1926: el **Plus Ultra**, piloteado por Ramón Franco, llega a Buenos Aires

Un rápido vistazo...

Emparedados de jamón, de queso, de los que usted quiera, por unas monedas



HACIA EL FINAL DEL 20

Situémonos en 1926. Llega, en medio del delirio general, el "Plus Ultra", que ha realizado el raid de España a la Argentina por los altos cielos y en etapas de cumplimiento exacto. Están en boga, en esas horas de júbilo, los pantalones **oxford**, y el **charleston** hace furor en los salones de bailes. De pronto, la ciudad se acongoja: ha muerto Diógenes Taborda, el burlón dibujante de las célebres "hípicas" que se publicaban en "Crítica". Luego asiste estupefacta al largo proceso de la muerte de Carlos A. Ray, con su secuela de cianuro. Pero, entre tanto, los teatros por secciones inundan de sainetes los escenarios y a los cines se concurre menos para ver películas que para escuchar a las orquestas típicas, a las de Julio de Caro, Osvaldo Pugliese, Anselmo Aieta y otras, empeñadas en una especie de contrapunto que divide a los melómanos del tango en hinchas clamantes de cada director. A los niños les están reservados los juegos del Parque Japonés y los grandes, por su parte, se fascinan con los aparatos de galena, merced a los cuales es posible captar las transmisiones radiofónicas. Ya ha sido puesta la piedra fundamental de la Avenida Costanera y la noche porteña conoce un pregón inédito: el de las sextas ediciones de los diarios vespertinos. Nos vamos aproximando al final de la década y, naturalmente, el problema que concita la atención de todos es el relativo a las elecciones de donde surgirá el reemplazante de Alvear. La calle anticipa un certero pronóstico electoral: Yrigoyen derrotará a Leopoldo Melo, como en efecto ocurre. Antes de que termine el período, Buenos Aires goza del placer del cine sonoro. Es en 1929, cuando Yrigoyen lleva un año de su segundo mandato presidencial. Unos meses más y una revolución lo derribará. Acaso, con la caída del viejo líder radical, se va a liquidar también, la época más tranquila de cuantas ha conocido el país y la de mayor libertad de los derechos ciudadanos. Esta empero, es otra historia. La nuestra, que intentó una síntesis muy apretada de diez años, se cierra aquí.